



Las puertas de acceso. El ser humano gusta de hacer, construir y colocar «puertas de acceso» a casi todo. Unas veces son físicas, necesarias para delimitar espacios de propiedad, de privacidad o para salvaguardar la intimidad: puertas de casa, de la fábrica, del negocio o del lugar de esparcimiento; están las puertas horadadas en los muros defensivos; las puertas de las ciudades antiguas, las puertas de los castillos y bastiones. Otras veces son puertas simbólicas: los Arcos de Triunfo de los Emperadores romanos, que no cierran nada, sino que cantan la fama y el poder de la persona a quien se destina. Las grandes obras literarias no se escapan a estos «inicios» programáticos: la Biblia comienza con un hermoso «pórtico» dedicado al Dios Creador que llama a la vida; el evangelio de san Juan también comienza con un «poema-pórtico-programático» de lo que presentará a continuación. Igualmente son simbólicas las puertas de las Iglesias y Catedrales: la Puerta del Perdón, que se abre en años de jubileo; el Pórtico de la Gloria... Las grandes gestas y hazañas de la humanidad recuerdan entradas solemnes: unas veces los vencidos entregan humillados las «llaves de la puerta de la ciudad» a los vencedores; otras veces los vencedores escenifican su entrada en medio de un pueblo que les proclama como salvador o liberador, como los «desfiles triunfales» de tantas victorias de ayer y de hoy.

Jesús entra en Jerusalén. Los cuatro evangelios nos hablan de la entrada de Jesús en Jerusalén. Ahora bien, hay muchas preguntas que se nos imponen: ¿Era necesaria esta «entrada solemne» si solo se trataba de un peregrino más de los muchos que iban a las fiestas de la Pascua? ¿Hizo algo suficientemente señalado para que permaneciera en la memoria de sus discípulos? ¿Jesús provocó esa entrada simbólica o fue la interpretación de la gente que tenía muchas esperanzas puestas en él? Los textos apuntan a una entrada simbólica, preparada y con un mensaje para la gente que le esperaba.

Anuncio de un nuevo mesianismo Jesús hace su entrada en Jerusalén en consonancia con su misión: él es el Mesías de Dios. La fe judía esperaba (y sigue esperando) que las promesas de Dios se hagan realidad en la persona de su enviado, de su ungido, de su Mesías. Otra cosa es cómo entender la figura del Mesías, a qué Mesías esperaban. Jesús realiza varios signos elocuentes antes de su Pasión: uno será la forma de entrada en la ciudad; otro, la purificación del Templo; otro el lavatorio de los pies. Jesús entra en Jerusalén a lomos de un asno, no de un caballo de batalla; entra como Mesías pacífico, como conquistador violento. La gente le grita «Hosanna-sálvanos», y su salvación pasará por lavar los pies y por la entrega amorosa hasta la muerte en cruz. La entrada simbólica de Jesús no es un hecho aislado en su vida y en su misión, sino que se comprenden como una sola cosa, porque es una sola vida la que se presenta y entrega. Entra a lomos de un borrico porque su mesianismo es humilde y pacífico.